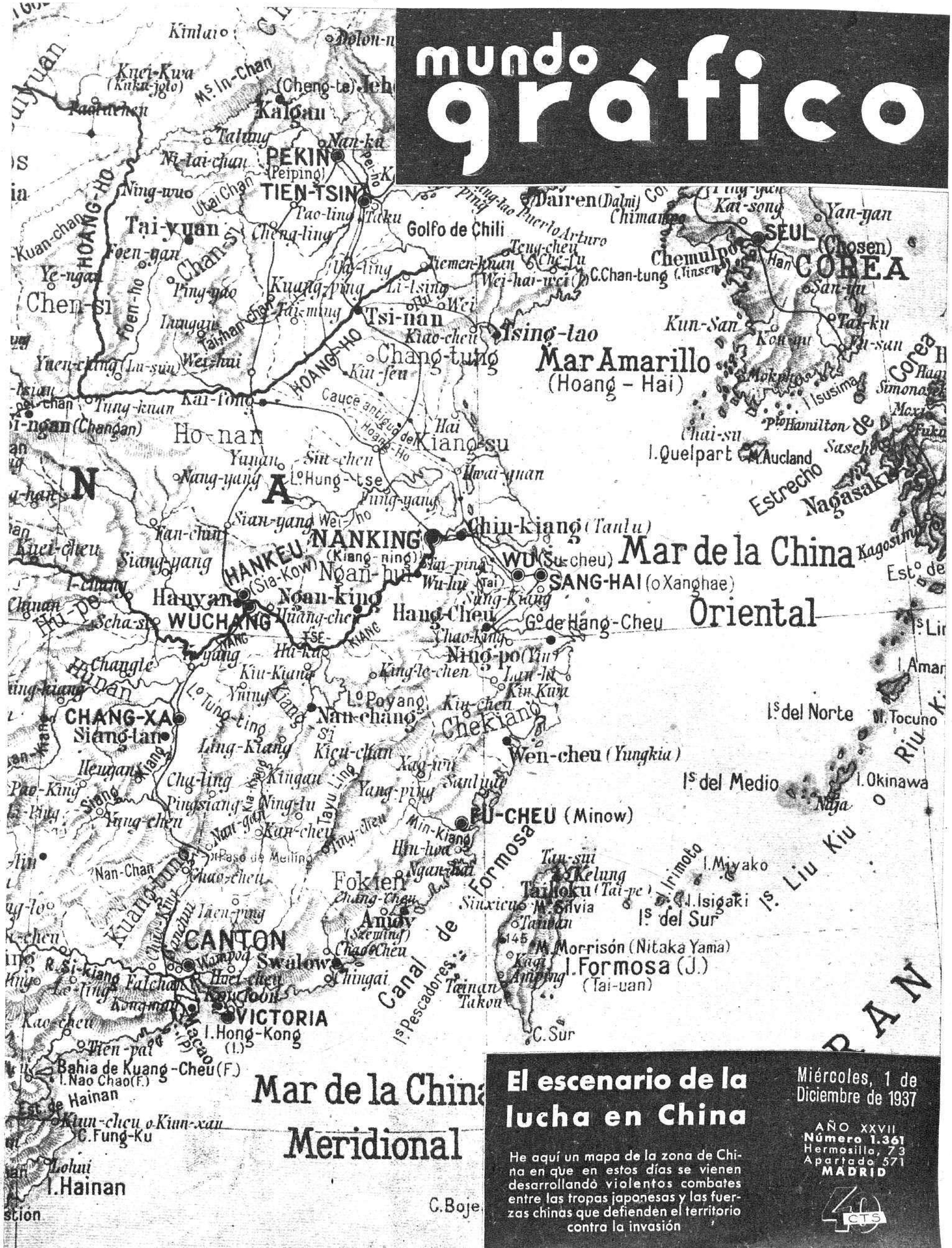
mundo gráfico



El escenario de la lucha en China

He aquí un mapa de la zona de China en que en estos días se vienen desarrollando violentos combates entre las tropas japonesas y las fuerzas chinas que defienden el territorio contra la invasión

Miércoles, 1 de Diciembre de 1937

AÑO XXVII
Número 1.361
Hermosilla, 73
Apartado 571
MADRID

40 CTS

El COMISARIO POLITICO

Su origen, su formación y su misión en el EJÉRCITO de la REPÚBLICA

En el Ejército Popular con que la República hubo de sustituir, en Julio de 1936, al que se le sublevó, la innovación más visible, aunque no fácilmente apreciable en toda su significación, fué el comisario político. Surgió ya cuando todo en el nuevo Ejército era de germinación espontánea, en las primeras Milicias, en los hombres de conducta revolucionaria más decidida y consecuente y de formación sindical más claramente delineada en el curso de las luchas obreras, en los que con aquella misión de excitante de las energías combativas del pueblo recaían, simultáneamente, las responsabilidades del Mando militar. Después, los comisarios siguieron encuadrados en los puestos de dirección del nuevo Ejército, junto a las jerarquías militares específicas que, todavía procedentes del Ejército en que la sublevación se produjo, pero indudablemente leales al régimen republicano, permanecieron al lado del Gobierno, o que, extraídas de las muchedumbres populares que tomaron las armas frente a la rebelión, iban cubriendo con sus nombres las páginas de las «escalillas» de jefes y oficiales.

En la parte superior de la página. La insignia del comisario de Guerra.—En el centro y abajo: Dos tarjetas de campaña creadas por el Comisariado

Los primeros comisarios políticos españoles

La historia de los comisarios políticos del nuevo Ejército republicano está escrita hora a hora, minuto a minuto, en la vida de combatiente de Feliciano Benito, que desde las primeras centurias confederales ha ido pasando, a través de diez y seis meses de guerra, hasta uno de los lugares más descollantes del Comisariado.

—Al principio—dice Feliciano Benito—, el comisario era, a la vez, el jefe de la fuerza en aquellas Milicias que, sin organización militar, sin Mandos y sin armas adecuadas a la magnitud de la lucha que se emprendía, salían a refrenar el ataque del ejército sublevado con pretensiones de fácil vencedor. Entonces no podían marcarse trazos diferenciales entre las órdenes de avance o de resistencia y las consignas de democracia o de revolución nacional. Pero pronto se comprendió que frente a un Ejército organizado regularmente no podían ser bastante el arrojo y el valor temerario y la decisión hasta el sacrificio de unas muchedumbres movilizadas solamente por el instinto de su libertad amenazada. Y empezaron a cubrirse los puestos de mando con los técnicos militares que siguieron fieles a la República, para que fuesen ellos los que encuadraran aquellas fuerzas nuevas en las líneas de un auténtico Ejército moderno, mientras los comisarios asumían, al lado de los Mandos, su misión natural.

Un justo sentido de la eficacia práctica y estética ha inspirado la creación de estas tarjetas de campaña por el Comisariado de Guerra

Cómo se forma un comisario político

Fué en Octubre de 1936 cuando ya oficialmente quedó reconocido el Comisariado por una disposición del Minesterio de Defensa. Eran los batallones los que proponían al ministro los nombres que deberían ser designados comisarios. Otras veces, la propuesta llegaba de los partidos políticos o de las organizaciones sindicales. Los comisarios deberían capacitarse culturalmente en una escuela, mediante unos cursillos breves de conocimientos generales y Ciencias sociales y políticas.

—Pero los comisarios—añade Feliciano Benito—, más que mediante un preparatorio a través de textos escritos o impresos, se formaron en los Sindicatos y en los partidos, luchando por el mejoramiento económico de las clases trabajadoras y por el prestigio intelectual de las masas. En cada uno de los revolucionarios activos de antes de la sublevación, acaso de antes de la proclamación de la República, latían ya fuertemente los postulados y las consignas de los mejores comisarios políticos de hoy. Porque son los conceptos contra los que todo el sentimiento revolucionario de España se alzaba los que ahora tratan de imponernos las armas que cierran los horizontes del territorio de la República ante nuestro Ejército.

La misión del Comisariado en el nuevo Ejército

Feliciano Benito explica la misión del Comisariado como una tarea de educador.

—Al lado de los Mandos militares, el comisario, que tiene en estos momentos la representación de un pueblo erguido en la ambición de unas conquistas revolucionarias, ha de velar por que las armas no se desvíen del servicio de la revolución popular. Al principio, con todo el Ejército constituído por voluntarios, por los hombres movilizados espontáneamente de los Sindicatos y de las organizaciones políticas del Frente Popular, apenas si necesitaba explicarse el sentido de la lucha que estamos sosteniendo para levantar la moral de los combatientes. Ahora, con las movilizaciones forzosas, con la incorporación a nuestras filas de hombres que ya no acuden atraídos por una corriente ideal, de hombres que si permanecieron alejados de los frentes de guerra fué porque no compartían con los defensores espontáneos de la República el sentimiento de aquella necesidad de defensa, o porque consideraban aún que en la lucha española podían quedar espacios libres para la neutralidad, la misión del comisariado se hace más indispensable. Hay que inculcar en estos nuevos soldados—dice Feliciano Benito—los principios de dignidad y de justicia en que se afirman los derechos de la causa popular; hay que hacerles comprender lo que significa cada uno de los dos Ejércitos en pugna en esta guerra. Pero, además, el Comisariado ha de cuidarse también en el Ejército de la República de elevar el nivel medio de educación de sus hombres. Que el soldado llegado de comarcas en las que no había penetrado todavía la escuela, o de zonas sociales desatendidas de instrucción, adquiera, durante su permanencia en filas, un mínimo de conocimientos generales suficientes para mantenerse en la vida con una categoría humana. El soldado debe saber leer, y escribir, y operar con las cuatro reglas fundamentales de la Aritmética. El soldado debe ser cuidadoso de sus armas, como el obrero cuidadoso de sus herramientas. Y en el orden social, respetuoso con sus semejantes, para merecer de ellos el respeto.

Feliciano Benito va señalando orgullosamente la labor de muchos de sus camaradas en el Comisariado.

—Por eso obra de los comisarios son los hogares del combatiente, creados ya en casi todas las brigadas, en los que el soldado encuentra lugar para sus tertulias, para sus estudios y para su recreo. La biblioteca, al lado del salón de billar; el bar, junto a la sala de lectura. Y obra de los comisarios son las charlas de divulgación en las que los temas de literatura alternan con los de higiene o de economía. Y los carteles de propaganda, y los folletos, y las tarjetas de campaña ilustradas con alegorías de nuestra lucha.

Para Feliciano Benito, el comisario tanto puede ir hacia el soldado con un volumen de Carlos Marx o de Bakunin como con una pastilla de jabón. Pero siempre con una gran antorcha de ideal revolucionario en la mano.

—Un ideal que tiene que prender en cada uno de los soldados por la palabra y por el ejemplo de los comisarios políticos—añade.

Porque la Revolución es la preocupación del comisario en la guerra, como la guerra tiene que ser la preocupación del jefe militar en la Revolución. Y a la guerra y a la Revolución, como Feliciano Benito, sirven en el nuevo Ejército de la República los comisarios.

JOSÉ ROMERO CUESTA

A NUESTROS LECTORES

Este número de nuestra revista consta de doce páginas. Siempre que nuestras existencias de papel nos lo permitan, continuaremos presentando la misma cantidad de páginas a nuestros lectores, a quienes renovamos nuestro deseo de poderles dar cuanto antes números de mayor volumen que estos que hoy nos vemos obligados a publicar

Anécdotas de la guerra, contadas por los soldados

Breviario de guerra

En las trincheras de vanguardia de este sector, donde todos los días, al amanecer, tengo instalado un anteojo para observar los movimientos del enemigo, entablé una gran amistad con un muchacho de Infantería, al que, por su carácter adusto y poco comunicativo, le habían dado en llamar *el Silencioso*. No obstante, conmigo, y por una de esas inexplicables razones que engendran la simpatía, tal vez porque mi carácter es contrario al suyo, *el Silencioso* buscaba mi compañía, y pronto enlazamos una verdadera amistad, que llegó a hacerse íntima.

Un día estábamos hablando tranquilamente, y él, como si se decidiera después de mucho pensarlo, me dijo:

—Voy a enseñarte una cosa que representa para mí algo parecido a un libro de esos que usan los religiosos para fortalecer sus creencias en momentos de crisis.

Y abriendo su maleta, sacó del fondo un cuadro, en el que había colocadas, con mucho gusto y artísticamente, por cierto, ocho fotografías de los hombres más destacados de nuestro Frente Popular. Al pie de cada una de las figuras se leían unas palabras entresacadas de sus discursos, y en las que reflejaban su fe inquebrantable en nuestra victoria.

Mostrándomelo con cierto arrobamiento, con éxtasis más bien, continuó diciéndome:

—Yo pienso algunas veces en la posibilidad de desaparecer, y hasta estoy casi seguro de que eso ocurrirá. ¿Crees que eso me importa? ¡Nada absolutamente! Pero, sin embargo, a veces siento que me asaltan dudas que me atormentan horriblemente. Cuando estoy de puesto por la noche o solo en mi chavola empiezo a pensar si será fecunda la sangre vertida, si serán fructíferos todos los esfuerzos heroicos, si tanta inmolación de vidas será recompensada con un porvenir mejor...

Y entonces, cuando estas dudas me corroen, me agarro a mi cuadro y leo estas palabras: «... Y de lo que se trata aquí, con la victoria y la paz y el ensanchamiento de la República y el engrandecimiento de la sociedad española, es de poner tan alto el nombre de España que, cuando salgamos al mundo, el apellido de españoles sea un honor difícil de alcanzar, porque entonces el español podría salir de su tierra y, sin cólera, pero con altivez, arrojarle en la cara a los demás su papeleta: «Ahí tenéis la libertad y la justicia, que nosotros hemos conquistado para todos.»

Cuando leo esto—siguió diciéndome mi camarada—, es como si me bañara una lluvia de optimismo, y siento entonces la alegría de vivir en esta época de sacrificio, y me siento orgulloso y cobro nuevos bríos para seguir luchando.

Unos días después vi a mi compañero furioso y triste, al mismo tiempo. Una explosión le había destruído la chavola y, con ella, su maleta y su cuadro.

Frenético, casi con lágrimas en los ojos, juraba que se los habían de pagar. Me fué difícil consolarle, diciéndole que ya haríamos otro cuadro. Y, en efecto, lo hicimos, ampliándolo. Yo he sentido el deseo de contar esto, que casi no es una anécdota, como un ejemplo del efecto de esa gran siembra moral que son las palabras en el ánimo de los combatientes. Todos llevamos algunas de esas palabras en el corazón y en la conciencia. Por eso hay que cuidar mucho, cada vez más, esa siembra espiritual, y vigilar mucho a los imprudentes que esparcen al aire alguna mala semilla.— JOSÉ SÁNCHEZ ALFOCEA.»

Los «rusos»

«En las últimas operaciones de nuestro Ejército en este sector del Centro ocurrió este episodio, que, aunque insignificante en sí, demuestra hasta dónde llega el engaño en que viven, en cuanto a la significación y el desarrollo de nuestra guerra, las pobres gentes campesinas, las masas desgraciadamente incultas, sometidas a la tiranía de los invasores fascistas.

Nosotros, los que estamos en las trincheras, nos reímos mucho cuando la propaganda fascista, unas veces con altavoces o radios y otras con prospectos, intentan convencernos de que estamos entregados al extremismo extranjero, que los «rusos» nos dirigen, que somos una secuela del Ejército Rojo de Moscú y otros tantos disparates. Pero es que nosotros vemos por nosotros mismos la verdad, y podemos burlarnos de esos «bulos» enemigos. Sin embargo, esa propaganda cala mucho en el otro campo, y el engaño tiene preso a los campesinos, de cuya ignorancia abusan los invasores.

Llevábamos varios días de ataque continuado, y habíamos reconquistado bastante terreno; tuvimos que tomar, luchando cuerpo a cuerpo, unas trincheras, y como ya se hacía de noche, se detuvo el avance para fortificarnos en las nuevas posiciones.

En ello, y ya en plena obscuridad, estábamos trabajando cuando vimos un bulto que avanzaba con grandes precauciones. Le dimos el ¡alto!, y contestó: «¡No tirar, que soy rojo!

Le dejamos llegar hasta nosotros. Era un campesino. Lo primero que hizo fué interrogarnos:

—¿Sois rusos?

Me hizo gracia la pregunta, y le respondí:

—No; somos españoles. Yo, madrileño.

Pero el hombre no se convencía.

—Me queréis engañar—decía—. Sois rusos. *Sos* oí esta tarde, cuando el combate, gritar y hablar en una forma que no *sos* entendía. ¡Sois rusos!

Entonces caí en la cuenta del error del pobre hombre. Con nosotros habían atacado aquella tarde los nuevos reclutas: muchachos catalanes y valencianos, en su mayoría, que, hablándose, animándose unos a otros en sus respectivos dialectos, habían armado aquel galimatías que el campesino no entendiera. Trabajo nos costó hacerle comprender que aquellos «rusos» eran sus compatriotas. ¡Cuántos millares de hermanos nuestros estarán ciegos por el mismo engaño, obra de la propaganda traidora! — ENRIQUE SÁENZ, *teniente de la 12.ª Brigada Internacional.*»

¿Qué has visto, soldado del pueblo? ¿Qué suceso de la guerra que haces te ha impresionado más? Cuéntanoslo para nuestro público. No se te piden sutilezas de expresión ni primores literarios. Cuéntanoslo como tú sepas, como tú hablas, como tú escribes a tu madre, a tu novia o a tu hermano, que de nuestra cuenta corre el disimular cualquier posible incorrección retórica. Nada de literatura, a ser posible, y, desde luego, nada de política de partido. Sencillamente. Y brevemente también. Que el papel, como a todos, no nos sobra, y no podemos dedicar a nada mucho espacio. Advertencia importante: nos interesa la anécdota, el hecho, y no el sitio, que no debe darse a la publicidad, para evitar posibles imprudencias. Semanalmente MUNDO GRÁFICO *recogerá los motivos destacados de esos relatos de los combatientes.*

Historias de nuestra guerra

VIII

Hizo lo que el que más...

Se ha hablado mucho, y con razón, del «milagro de Madrid» en aquellos angustiosos días de Noviembre. «El pueblo se lanzó a la calle», se dice como razón para explicar lo inexplicable. Pero no se dirá nunca bastante cómo y en qué condiciones se lanzó. El «milagro de Madrid» fué un complejo de infinitos milagros improvisadores. Cada episodio, aun el más pequeño, hecho ya carne y bronce de Historia, tiene un acento patético y conmovedor. Se dice: «El pueblo se fué a los parapetos, a las barricadas, a las esquinas de los arrabales...» Pero mientras más se ahonda y examina cómo fué a la lucha cada uno de los componentes del pueblo, más inexplicable, más raro y prodigioso resulta el milagro de la defensa de Madrid.

Era una multitud, ciertamente. Pero hay que explicar, espigando en los recuerdos, cómo se componía esa multitud. La mayoría de los hombres, sin preparación ni conocimiento militar alguno, y sólo con el arma de su ilusión, de su desesperación. En aquellas horas dramáticas fueron muchos los combatientes que se improvisaron; muchos también los que fueron, con las manos vacías, a las avanzadas, a formar sólo con sus pechos una barrera viva.

El Madrid de aquellos primeros días de Noviembre tenía un patetismo, una vibración inolvidables. El eco de las derrotas próximas palpitaba en la ciudad.

Gritaban sus consignas polícromas los carteles en la fachada estimulando al alistamiento. Hombres maduros y «chavales» engrosaban con entusiasmo las filas milicianas: trajes de americana, blusas y «monos» proletarios se fundían en ellas. Era conmovedora la ingenuidad, la torpeza de aquellos pelotones de hombres que hacía una hora todavía estaban en el taller o en la oficina. De vez en cuando, en los paseos y explanadas, la formación se dispersaba. Las escuadrillas de aviones negros bordoneaban en el cielo de Madrid.

El menos pesimista pensaba tristemente que poco podía esperarse de aquellos voluntarios, soldados de unas horas, sin armas, sin técnica, que la guerra sacaba de sus hogares, de sus ocupaciones sedentarias. Y ellos, los torpes, los ingenuos, los improvisados, lo hicieron todo. ¿Cómo? Ved un ejemplo que puede servir de pauta a miles de ejemplos de aquellos días.

El 8 de Noviembre, a una de las improvisadas trincheras llegó un pequeño improvisado batallón. De aquellos que dos días antes habían empezado a aprender la instrucción en el paseo de Rosales. Casi todos los componentes del batallón eran hombres de la clase media, empleados de comercio y de oficinas.

Se hicieron fuertes en la trinchera, y a poco empezó el combate: ¡los primeros tiros que habían disparado en su vida los bisoños!

Entre los combatientes, por su ánimo resuelto, por sus frases de aliento a los compañeros, destacaba uno, vestido con un traje elegante y camisa con impecable cuello de brillo. Estaba asomado a una tronera. Asomaba por ella de vez en cuando, y con precaución, la cabeza; gritaba animando a los compañeros, pero no hacía un solo disparo.

Miraba con asombro a uno y otro lado, como si buscara la explicación de algo raro que le extrañaba.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué no tiras?—le preguntó un compañero.

El vacilaba en contestar, como cohibido; pero, al fin, dijo:

—Es que..., mira, compañero: han caído cuatro balas detrás de mí y a mi lado, y no me ha tocado ninguna. No sé de dónde me tiran. Porque de enfrente no es.

Pese a los momentos dramáticos, una carcajada acogió la respuesta. Lo que él llamaba balas eran ¡las vainas que había expulsado de su fusil el compañero que estaba al lado!

Entonces el camarada del cuello de brillo confesó su cuita: no había servido en el Ejército, no había cogido nunca en sus manos un fusil, ni sabía cómo se disparaba.

Le dieron una rápida lección, que repitió en seguida. Ya sabía. Radiante de contento, volvió a la tronera. Iba a disparar por primera vez. No pudo. Una bala traidora le alcanzó en la garganta. Su cuello impecable se tiñó de sangre.

Le cogieron los camaradas. Tenía una sonrisa triste. Dijo:

—¡Mala suerte! Ahora que ya iba a poder hacer algo.

Sin saber «hacer nada», hizo lo que el que más: morir. Disponerse generosamente a eso fué el «milagro» del Madrid de aquellos días.—JUAN FERRAGUT.

BARCELONA

En el salón de actos del Tribunal de Casación se celebró la toma de posesión del nuevo fiscal de Barcelona, don Francisco Serrano Pacheco. He aquí un momento del acto, que fué presidido por el presidente de la Audiencia

(Fots. Torrents)

Se ha celebrado un homenaje a los voluntarios españoles que murieron en la Gran Guerra. Fueron depositadas muchas coronas de flores al pie de la estatua erigida en la Ciudadela en recuerdo de los caídos

Un aspecto parcial de la Sala del Olimpia durante el acto de homenaje a la U. R. S. S., en el que pronunció un discurso el presidente Companys

Ha muerto el el gran dibujante Sirio

Sirio, el admirable dibujante cubano, radicado en Madrid desde hace varios años, ha muerto en nuestra ciudad. Sirio—cuya firma figuró muchas veces en las publicaciones de Prensa Gráfica—era un verdadero maestro de la caricatura. Los hombres de la política, del teatro, del periodismo, de todas las actividades sociales, fueron vistos por él en sus dibujos con un magnífico acierto. Sirio ha muerto en plena juventud, cuando de su talento podía esperarse todavía una gran labor. Descanse en paz el admirable artista

La gloriosa efemérides de NOVIEMBRE

4 NOMBRES HEROICOS, CON UN DENOMINADOR COMUN

El mes de Noviembre tiene ya para Madrid, para España y para el mundo, luz propia y categoría de símbolo. Noviembre cogió entre sus dedos de horas febriles la antorcha de la Libertad, que ningún viento fascista ha podido apagar ni arrebatarle de las manos. Noviembre es ya el punto de referencia para el estímulo heroico de los defensores de la Democracia. Un punto de referencia escoltado por cuatro hitos señeros; cuatro nombres grabados con trazos indelebles en la admiración y el recuerdo de todos los antifascistas: Antonio Coll, Emiliano Barral, Juan Antonio Heredia y Buenaventura Durruti. Un republicano, un socialista, un comunista y un confederal. Cuatro ases en la baraja de los héroes de nuestra guerra. Cuatro nombres claros, cuatro engarces fuertes en el bloque indestructible de la unidad de todas las fuerzas antifascistas.

* * *

Antonio Coll fué nuestro primer «marino de Cronstadt», la flecha certera, disparada a impulso propio hacia un objetivo que parecía hasta entonces indestructible, hacia una meta aparentemente inasequible. Por los siglos de los siglos quedará su gesto y su gesta en el archivo cerebral de las generaciones: la silueta airosa, llena de gracia deportiva y de ardor combativo del discóbolo que lanza su mensaje de muerte a los tanques enemigos. Los pies bien firmes en la tierra, el pulso sereno, la cabeza alta y el corazón, sin ritmos anormales, más alto aún que la cabeza. Sin irreverencia, y en gracia a la plasticidad de la expresión, Antonio Coll quedará para siempre vivo en la memoria de todos, con el gesto gallardo del matador temerario que acaba de ver derrumbarse a sus pies el toro más difícil y peligroso de la tarde.

Antonio Coll: en las horas amargas y heroicas de los primeros días de Noviembre, fué el ejemplo, el símbolo y el estímulo. Como el Cid, siguió ganando batallas después de muerto. El abrió con su brazo fuerte la puerta a la derrota de los tanques enemigos. Todos los que cayeron después—¡admirables Cornejos y Carrasco!—mordían el polvo de la derrota junto a la sombra, hecha motor y palanca, de nuestro primer «marino de Cronstadt».

* * *

Un socialista: Barral. Un hombre surgido del pueblo y al servicio del pueblo. En su cara, surcada de arrugas prematuras, estaba la huella de muchos dolores físicos y morales. Dolor físico de la casa pobre, de la infancia llena de adversidades y de renunciaciones junto al padre, hecho a su diálogo diario de buen cantero castellano con las piedras doradas de Segovia; dolor de una juventud que se quemaba en vivas llamas de ansias artísticas en la vieja ciudad levítica envuelta en balandranes pardos de iglesias, murmuraciones a media voz y toques constantes de campanas.

Cuando Segovia cayó en poder de los militares sublevados, los segovianos residentes en Madrid formaron un batallón de Milicias para vengar los crímenes que el fascismo estaba perpetrando en la vieja ciudad castellana.

Barral fué el primero en acudir. No era hora de seguir en su estudio de escultor, encerrado en un limbo de creaciones artísticas, mientras sobre la tierra parda de Castilla caían para siempre sus hermanos en defensa de la independencia y de la integridad de España. Su puesto estaba allí, en los parapetos, donde, al morir, se nacía a la gloria del heroísmo. Y allí se fué. Murió sobre la tierra castellana, con un sueño de libertad en los ojos claros, hechos al barrenar de las piedras duras en busca de la forma escueta. Con el gesto con que mueren los héroes auténticos. Convertido ya en una estatua, que el tiempo no podrá limar. En la estatua del heroísmo.

* * *

Juan Antonio Heredia era el 19 de Noviembre, cuando encontró la muerte de cara al enemigo, comandante de una de las brigadas que luchaban en la Ciudad Universitaria, frente al edificio del Hospital Clínico. Un viejo militante del Partido Comunista, que, en plena juventud, conocía ya ampliamente el sabor amargo de las persecuciones de la reacción. Ni la cárcel, ni los malos tratos de los esbirros al servicio de los que se autollamaban «hombres de orden», consiguieron hacerle flaquear. Cada martirio, cada persecución avivaba su fe y acrecentaba su ardor en la lucha por las reivindicaciones del proletariado.

El 18 de Julio se puso en pie de combate. Sólo la muerte pudo poner un punto final a su acción combativa. Combatiendo cayó. Cara al enemigo, con su estrella de comandante honrada por el baño rojo de su sangre derramada generosamente. Señalando con su muerte al estímulo de sus camaradas el camino a recorrer.

* * *

Durruti. Un símbolo. Un caudillo con una visión certera del momento. Un conductor eficaz de hombres esforzados por el camino de la victoria. Las noches dramáticas de Julio, en Barcelona, iluminadas con las rúbricas reiteradas de los disparos en la calle, le vieron de un lado a otro, por las zonas más peligrosas, preparando la defensa de la ciudad. Gran parte de la derrota fascista en la capital de Cataluña a él se debe. Luego, Aragón: tierras arrancadas a la dominación facciosa para ensanchar el suelo de la República. Creador de una disciplina férrea, sus hombres le seguían con fe ciega, animados por su ejemplo. Luego, Madrid. Su llegada a la capital de la República en los momentos de máximo peligro, cuando en las entradas de la población se perfilaban ya las siluetas gritadoras de los rifeños, al olor del botín prometido. Yo he recordado en otro lugar una anécdota del héroe confederal, poco conocida. Esta: El día antes de su muerte, alguien se acercó a Durruti y le dijo: «Debías esquivar un poco el peligro. No es conveniente que estés siempre en primera línea.» Y Durruti, mirando a sus hombres, contestó sin poses algareras: «¿No están ellos? ¿Por qué no voy a estar yo donde ellos estén?»

Poco antes había dicho: «Nosotros renunciamos a todo, excepto a la victoria.»

La victoria final, como la defensa de Barcelona, se deberá en gran parte a él.

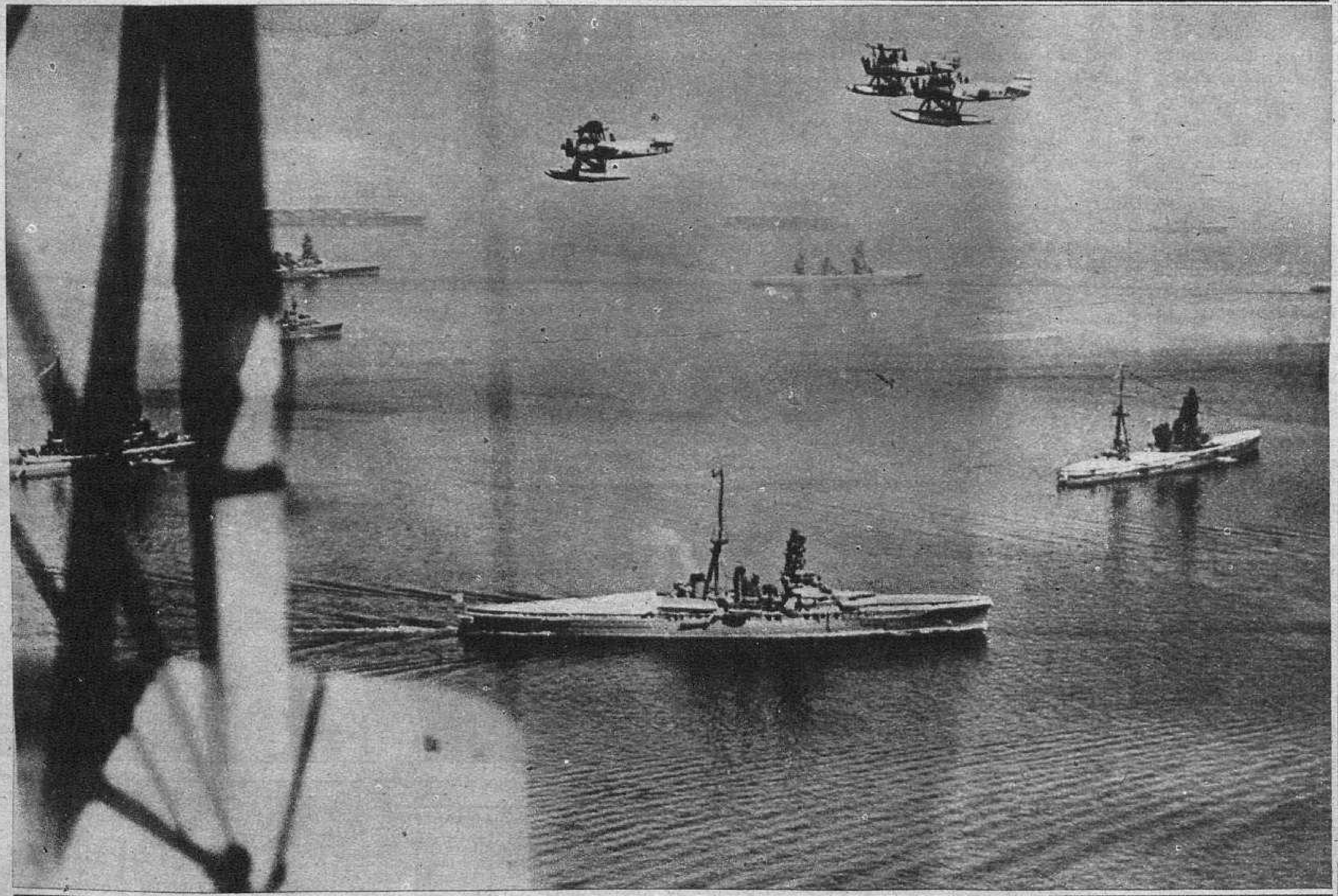
* * *

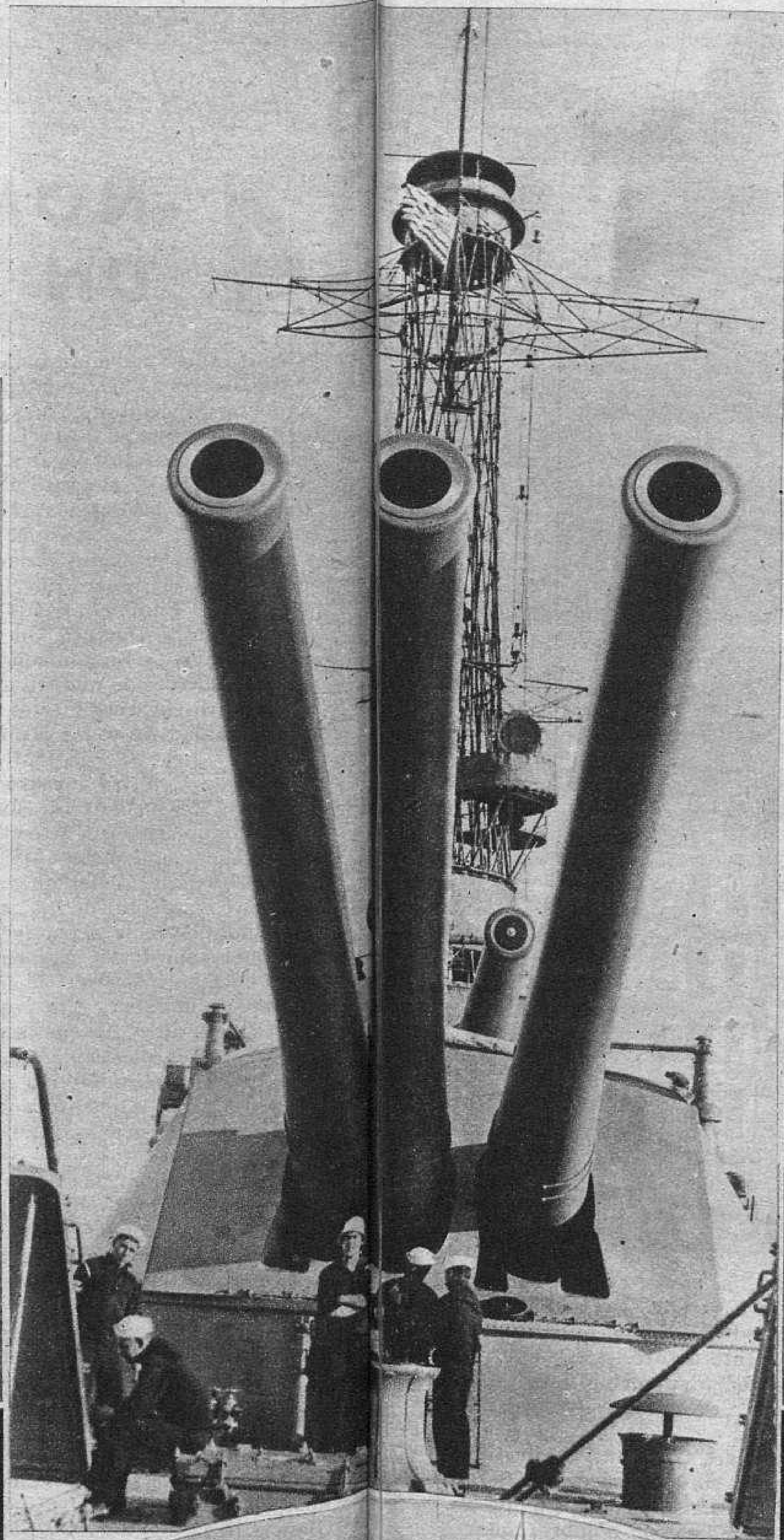
Antonio Coll, Emiliano Barral, Juan Antonio Heredia y Buenaventura Durruti. Cuatro nombres de héroes con un denominador común: UNIDAD.

Antonio OTERO SECO

SI QUIERES LA PAZ...

Desde la poderosa Norteamérica a Holanda, la pacífica





↑ Los barcos británicos, en combinación con los aviones, realizan maniobras sobre el Atlántico

Los cañones de uno de los mayores acorazados de la escuadra norteamericana →

Los soldados ingleses realizando prácticas de artillería antiaérea ←

Una intervención de los tanques durante unas maniobras militares en los Estados Unidos ↑

La vieja frase es, una vez más, del día. El mundo, indudablemente, quiere la paz. Habla de ella a cada momento, la busca, la persigue. Pero, al mismo tiempo, se prepara para la guerra. A las bellas palabras acompañan las intenciones turbias. A las frases cordiales, los propósitos obscuros. El mundo quiere la paz, pero se prepara para la guerra.

Llegan las señales de ello todos los días, desde todas partes. Conferencias, acuerdos y Parlamentos hablan de paz. Sin embargo, hay cada vez más preparativos, anuncios y amenazas de lucha. Apenas existe un país ante el que la guerra no se alce como un fantasma sombrío.

Escoged, de entre estos días, uno cualquiera, uno nada más. Y le veréis lleno de hechos y de signos anunciadores de esa preparación colectiva de la guerra. La gran amenaza nos llega a todas horas, desde todas partes. Fijémonos simplemente en alguno de aquellos signos conocidos en un solo día.

Palabras de guerra en un país de paz

Holanda, por ejemplo. El ministro holandés de la Defensa Nacional ha hablado en la Alta Cámara sobre los problemas de su departamento.

Y ha dicho que la seguridad colectiva, aunque es un ideal muy bello, no existe prácticamente; por lo tanto, las circunstancias internacionales exigen la adquisición de material de guerra en el menor tiempo posible.

Desmintió luego el ministro los rumores de que el Gobierno proyectase un ensayo de movilización general. Y afirmó, finalmente, que el Gobierno, si se viese ante el caso de una invasión, por razones estratégicas no abandonaría el territorio sin haberlo defendido tenazmente.

La protección de las fronteras suizas

Esta otra noticia es de Berna. Y, según ella, el Consejo Federal de Suiza ha elevado de seis a doce meses el tiempo de servicio de las tropas destinadas a la protección de las fronteras del país.

Un buque más de guerra

La potente flota de Norteamérica cuenta, desde hace unos días, con un barco más: el crucero *Wichita*, de diez mil toneladas. Ha sido ahora botado al agua, y es el último de la serie de diez y ocho construídos por los Estados Unidos, en virtud del Tratado de Londres.

Palabras en la Cámara de Francia

En París. En este París vibrante de emoción política, lleno del latido y de la tensión de la hora. Ante la Comisión parlamentaria de Armamento, habla su presidente, Guy Lachambre. Los diputados escuchan atentamente aquellas palabras, en las que se exponen las principales medidas que durante las vacaciones parlamentarias se han adoptado en materia de organización del Ejército. Y a continuación, el presidente de esta Comisión parlamentaria francesa da a conocer a sus compañeros del grupo las características principales de las diferentes modificaciones que se han verificado en la situación militar europea durante aquel mismo período de tiempo.

Diez y seis mil millones para atenciones militares

También en la Cámara francesa se han escuchado, hace unos días, unas palabras confirmadoras de esa *avant guerre* que vive hoy Europa. Las dijo Bonnet, el ministro de Hacienda, al exponer en un discurso la situación financiera y al hablar de los cambios, del crédito público y de la balanza comercial. «El año próximo—dijo—se gastarán diez y seis mil millones de francos en armamentos militares». Y a continuación de exponer esta cifra extraordinaria, añadió que si continuaban los impuestos con el ritmo que desde hace ocho años siguen, ni la Hacienda ni la moneda podrían resistirlo.

«... A no ser que el mundo se incendie...»

Como es sabido, Inglaterra es la primera potencia naval del mundo. Pero los Estados Unidos—la segunda—quieren también aumentar la cantidad de su marina de guerra. Claro es que este aumento no podrá colocar a Norteamérica en situación de ventaja sobre Inglaterra por el programa de rearme naval que ésta viene realizando. Estados Unidos construyen ahora setenta y un barcos. Sobre todos los aspectos de este problema ha sido entregado al presidente Roosevelt un informe por el secretario de Estado para la Marina, Mr. Swanson. A este informe acompañan unas estadísticas, según las cuales Norteamérica posee 325 barcos, con un total de 1.083.000 toneladas; Inglaterra, 285, con 1.216.000 toneladas; el Japón, 200 buques, con 745.000 toneladas. Sin embargo, en la estadística hay un factor en contra de la Marina norteamericana; ésta cuenta sólo con 113 buques que no hayan alcanzado el límite de edad—que no hayan *envejecido*—, contra 181 Inglaterra y 171 el Japón.

El Gobierno norteamericano ha firmado un contrato para la construcción de dos nuevos acorazados, y Mr. Swanson quiere pedir al Congreso los créditos necesarios para la construcción de otros dos nuevos buques que sustituyan a dos que deben ser ya retirados.

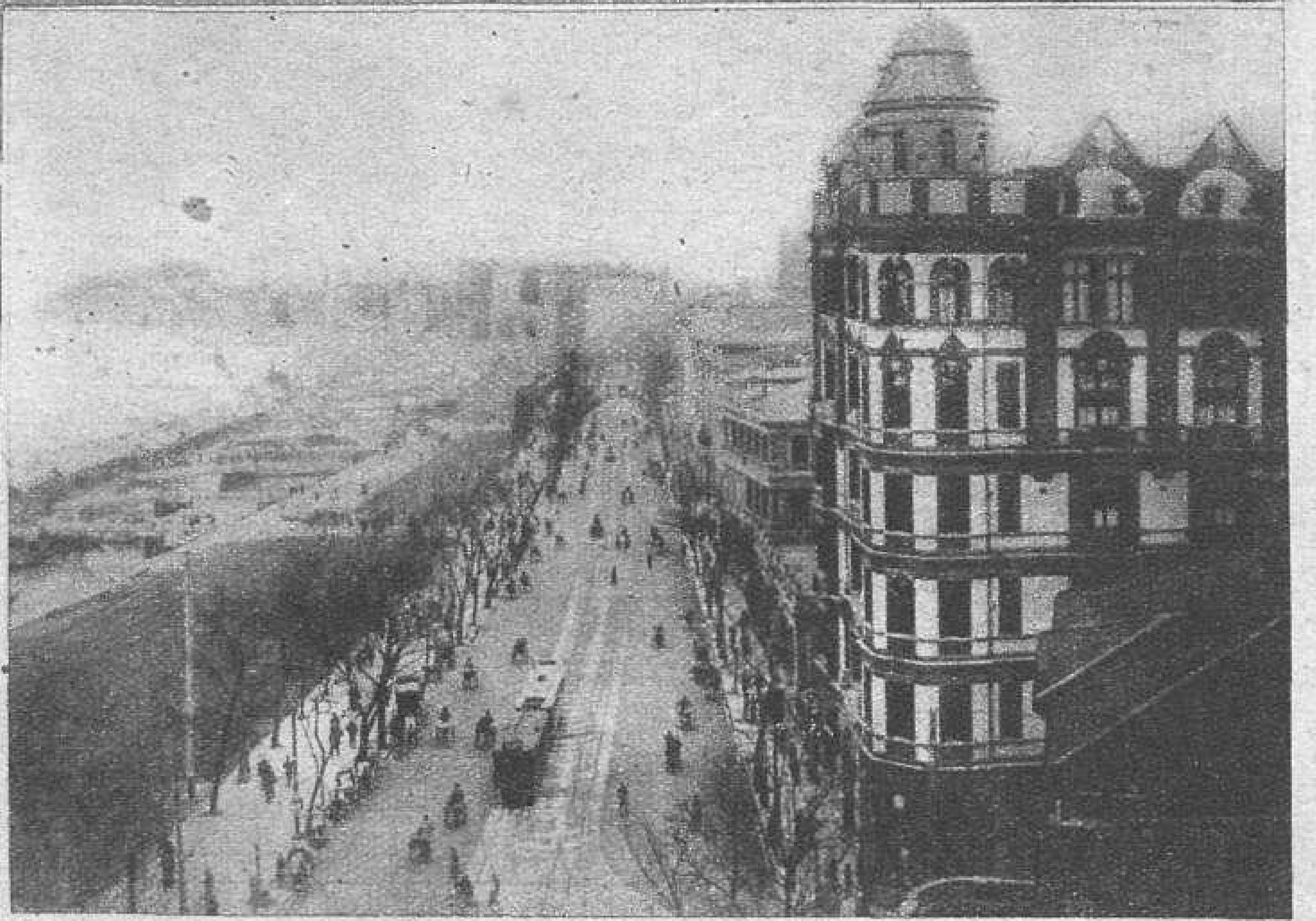
El informe del secretario de Estado para la Marina dice que la política naval norteamericana ha de consistir, en el porvenir inmediato, en la construcción de destructores y submarinos, sin abandonar la de los grandes cruceros. (Todo ello dentro de las condiciones que imponen los Tratados de Wáshington y Londres). En sus palabras finales, el informe asegura que Norteamérica no acelerará el ritmo de sus construcciones navales «a no ser que el mundo se incendie».

Una visita oficial a una línea defensiva

Y en esta hora tensa, eléctricamente cargada, el ministro francés de Defensa, Daladier, marcha en visita de inspección a la famosa línea Maginot. Le acompaña el general Gamelin, jefe del Estado Mayor del Ejército.

* * *

Sí, efectivamente: el mundo debe querer la paz, pero se prepara para la guerra. Al fin y al cabo, cumple el precepto clásico: *Si vis pacem*...



Una perspectiva de la Concesión Internacional de Shanghai

Una avenida de Shanghai junto al puerto →

Shanghai

La cuarta ciudad del mundo

SHANGHAI es hoy la cuarta ciudad del mundo. Hace unos cuantos siglos era una zona pantanosa—calor, mosquitos, suciedad—, en que vivían miserablemente marinos y pescadores. Ahora, Shanghai comprende en su inmenso recinto varias ciudades, con un total de cuatro millones y medio de habitantes. Rascacielos, avenidas lujosas, fiebre del comercio y del oro. Más de las dos terceras partes del comercio de la inmensa China se concentran allí, en la ciudad enorme y febril.

Todas las miradas y ambiciones del mundo se han concentrado sobre Shanghai por su extraordinario valor económico. La ciudad está en la desembocadura del Wuang-Poo, el afluente del Yang-Tsé. Es éste uno de los ríos más considerables del mundo: es navegable en una extensión de dos mil quinientos kilómetros, y riega y vivifica toda la China del Norte. Es la única vía práctica de penetración hacia el corazón del inmenso país.

Esta razón geográfica y la enorme población china —cientos de millones de habitantes—dan a Shanghai toda su extraordinaria importancia económica y comercial. De cada cuatro hombres del mundo, uno es chino. Y esos cientos de millones de seres han de comer, y han de vestirse, y han de vivir. Por todo esto, quien controle Shanghai es dueño del mercado chino.

La ciudad de las tres ciudades

Tres ciudades componen, administrativamente, Shanghai: la Concesión Francesa, la Concesión Internacional y la ciudad china. Las dos primeras, en la margen izquierda, y la tercera, en la margen derecha del Wuang-Poo. De un modo práctico, la Concesión Internacional es inglesa. Y en toda la inmensa ciudad tripartita viven, trafican, luchan, se odian y se espían treinta mil europeos, treinta mil japoneses y más de cuatro millones de chinos.

La Concesión Francesa protege a trescientos mil seres. Pero de ellos, solamente dos mil son franceses. Podría esto, a primera vista, parecer una tentación para los otros vecinos extranjeros. Pero no hay cuidado. Buques franceses de guerra están constantemente anclados en el Wuang-Poo. A poca distancia está acuartelado un regimiento. Y existe una Policía francesa.

De las drogas al espionaje

El hampa internacional—el gran hampa—tiene en Shanghai su capital. Sabido es que allí se venden, en fabulosas cantidades, algodones, tés, sedas. Pero se venden también drogas, opio, armas. Se hacen silenciosamente negocios que producen millones. El contrabando es una inagotable fuente de oro.

Las drogas y las armas tienen su cortejo inevitable: luchas, estafas, secuestros, asesinatos, venganzas, sangre.

Cada una de las tres ciudades tiene un Estatuto jurídico distinto, suyo. Ningún europeo puede ser detenido sin la autorización de su cónsul. Todos los chinos se parecen, y como, además, no tienen nombres determinados... Así se suceden los ataques a mano armada, los robos, los crímenes.

En este fondo de intriga entran también los *affaires* de espionaje, las negociaciones más extrañas, las combinaciones más maquiavélicas, las alianzas más raras e imposibles. Sabido es que en Europa existe el problema de los agentes dobles, que sirven a un mismo tiempo a dos países, a dos intereses distintos y a veces rivales. Pues bien: en Shanghai los agentes son quíntuples.

La tarifa del asesinato

Una de las «industrias» típicas de la ciudad china es la del «asesinato profesional». Allí se mata con arreglo a tarifa. El precio habitual es de cien dólares por asesinato, la mitad pagados por adelantado, y la otra mitad, después del crimen.

Hace un año aproximadamente apareció en un callejón de Shanghai el cadáver de un chino adinerado. Era un comerciante de Nankín, que había ido a pasar unos días a aquella otra ciudad. Se hicieron algunas pequisas, y sólo se pudo saber que el robo no había sido el móvil del asesinato.

Poco después fué detenido un chino, Li, por haber cometido otro crimen. El asesino confesó, y después del interrogatorio, mientras fumaba tranquilamente un cigarrillo, dijo:

—Yo maté también al comerciante de Nankín. Fué por equivocación. Me habían adelantado cincuenta dólares para que surprimiera a un tal Pao Tsen. Y confundí a éste con el comerciante, porque, según las señas personales que me habían dado, se parecían mucho.

—¿Y no devolviste el dinero?

—¿Para qué? Tres días más tarde asesiné al otro, al verdadero Pao Tsen.

* * *

Este es Shanghai. Venganza, crimen, oro, ambición, drogas, contrabando. Y ahora, bajo la guerra, luto y sangre, bombardeos y ambulancias.

Los barcos de Francia y de Inglaterra en el Wuang-Poo, el río de Shanghai

La vida, el amor y la muerte de "Mata-Hari"

XIII

"En nombre del pueblo francés..."

A la izquierda: M. Messimy, ex ministro de la Guerra en Francia, fué —se dijo entonces— uno de los amantes de «Mata-Hari»

M. Malvy, político francés, vió también mezclado su nombre al proceso de espionaje de «Mata-Hari»

M. Poincaré era Presidente de la República francesa en los días del proceso de «Mata-Hari», y denegó el indulto de ésta, solicitado por varias personalidades desde países neutrales

El informe del defensor

La vista del proceso contra *Mata-Hari* dura dos días: el 24 y el 25 de Julio. De los largos interrogatorios va desprendiéndose una impresión pesimista y sombría. Las preguntas de los jueces van, tenaces, en busca de la culpabilidad. Se la acusa de haber estado en contacto con el Servicio Alemán de Información. Se la acusa de haber determinado la muerte de varios miles de soldados de Francia en una cierta operación, conocida previamente por el enemigo merced a los informes de la bailarina.

Al final del Consejo, la bailarina está ya perdida. De nada valen las palabras de algún testigo, que declara a su favor. De nada valen las palabras del buen Eduardo Clunet, su defensor. El viejo abogado, ardientemente enamorado de *Mata-Hari*, pronuncia un informe patético, en el que, desesperadamente, se esfuerza por salvar a la mujer querida.

La bailarina escucha—muy abiertos los ojos, el corazón tenso—las palabras de su defensor. Es ya la última parte del proceso. Clunet pronuncia un discurso admirable, en el que se funden argumentos y pasión, razones jurídicas y fervor sentimental. Sostiene que todas las acusaciones se basaban en referencias e informes de los agentes del Contraespionaje, sin una comprobación rigurosa y definitiva. Dice que todas esas referencias no han sido debidamente presentadas al Tribunal que ahora juzga.

—... Lo más que se ha hecho—dice—es leer y admitir ciertas actas de la información policíaca... Pero no se ha dado ocasión al examen pericial de esas actas...

En las palabras finales del informe, el defensor, con un acento emocionado, pide la absolución de *Mata-Hari*.

La sentencia

El Tribunal se retira a deliberar. A los diez minutos aparece de nuevo en la sala, sobre la que pesa un silencio de angustia. El ruido menor tiene en estos instantes un eco de inquietud.

Se reanuda la sesión. El presidente del Consejo de Guerra pronuncia la palabra de ritual:

—¡Atención!...

El secretario del Tribunal se dispone a leer la sentencia.

Todos se han puesto en pie. *Mata-Hari* se ha alzado también, y erguida, hierática, se dispone a escuchar, entre las dos filas de soldados que forman la guardia del Consejo y que rinden honores a la Justicia.

La voz del secretario empieza a escucharse, lenta y grave, entre el gran silencio de todos.

—En nombre del pueblo francés...

Ante la evocación del pueblo en armas, del pueblo que se está defendiendo a sangre y fuego, el oficial que manda el grupo de soldados grita:

—¡Presenten armas!...

Y los fusiles saludan, mientras el secretario del Tribunal sigue leyendo la sentencia acordada por unanimidad contra *Mata-Hari*.

«Margarita Zelle, culpable de...»

—... Margarita Zelle, culpable «de haberse introducido, en 1916, en el campo atrincherado de París, a fin de procurarse informaciones que interesaban a una potencia enemiga...

La voz del secretario se oye limpiamente en el silencio profundo de la sala.

—... De haber, en Francia y en el Extranjero, procurado a esta potencia informaciones capaces de entorpecer las operaciones de nuestro Ejército...

Mata-Hari, altiva e impasible, escucha sin pestañear las palabras que están perfilando su muerte.

—... De haber mantenido en el Extranjero inteligencias con agentes diplomáticos alemanes, con objeto de favorecer las empresas de nuestros enemigos, comunicándoles secretos relativos a nuestra política interior y a la ofensiva de la primavera de 1916...

A medida que se acercan las palabras finales de la sentencia, el silencio en la sala se hace más agudo, más delgado. Un silencio que *se escucha*, paradójicamente, de tan hondo.

—... En nombre del pueblo francés, el Consejo de Guerra declara a Margarita Zelle culpable del delito de espionaje y la condena a ser pasada por las armas...

Un grito de «Mata-Hari»

Y de pronto, ante estas palabras, se oye, desgarrado y vibrante sobre aquel silencio de muerte, el grito de la condenada:

—¡Eso es imposible!... ¡Eso es imposible!...

Pero es sólo un segundo. Inmediatamente, *Mata-Hari* se recobra, y otra vez vuelve a ella la altivez, el orgullo, la impasibilidad. Su actitud es de nuevo desdeñosa, fría y firme. Nada delata en ella que acaba de ser condenada a muerte.

Muy cerca de ella, sin embargo, Clunet, su defensor, siente que algo le oprime la garganta y le angustia el ánimo. Aquella mujer que él quiso siempre ha sido condenada a morir. Un temblor de lágrimas pugna por asomarse a los ojos del buen viejo, que no ha podido salvarla de la muerte.

Con paso firme y expresión serena, *Mata-Hari* abandona la sala del Consejo. Vuelve a la prisión, de la que sólo saldrá para morir.

Esta es la celda de los condenados a muerte, ocupada en la prisión de San Lázaro por «Mata-Hari»

La hermana Leónidas asistió en sus últimos momentos a la bailarina

En el próximo número:

XIV

HACIA LA MUERTE

EGOISTAS, NEUTROS Y PARASITOS

El trabajo, obligatorio

La mejor conquista, quizá, de la revolución rusa está expresada en el artículo de su Constitución que reconoce a todos los hombres el «derecho al trabajo», y que tiene como consecuencia este postulado: «el que no trabaja, no come».

Naturalmente, como no se crea derecho justo sin que se engendre un deber, el derecho al trabajo trae implícita la «obligación» de trabajar. Y, por consecuencia, la extirpación de la ociosidad, del parasitismo social.

En la España republicana aun no se ha calado con bastante decisión y hondura en las entrañas de este problema. Todavía, a los diez y seis meses de guerra, hay muchas gentes que no trabajan en nada bueno. O, lo que es peor: siguen permitiéndose el lujo de vivir a costa del trabajo ajeno, o que tienen por única tarea estacionarse en una industria o una oficina inactivas y cobrar un sueldo por no trabajar.

¿No es llegada la hora de hacer el trabajo efectivo, obligatorio, ineludible, acabando con el egoísmo comodón de los ociosos y persiguiendo su *camouflage* tras un ficticio certificado de actividad?

Que todos trabajen y trabajen en ayuda y beneficio de la guerra. Es lo menos que se les puede exigir a los que mientras España se desangra, en una lucha trágica, han adoptado la postura egoísta del que no se entera, haciéndose indiferente a los dolores ajenos.

No es sólo en las circunstancias dramáticas de la guerra cuando se calibra el influjo pernicioso del parasitismo social.

La vagancia es siempre matriz de delincuencia. Pero tendría que no ser así, que no ser el ocioso materia predispuesta paradójicamente para todas las actividades lesivas, y sólo el hecho de que cuando un gran dolor colectivo embarga a un pueblo exista un solo ser que permanezca aislado, indiferente, abroquelado en su egoísmo, es ya una excepción repelente.

El individuo, fatalmente, se debe a sus semejantes por un imperativo indeclinable de solidaridad de raza, de intereses y, en último término, por una afinidad instintiva de especie.

El hombre que se considera como un islote, como un compartimento estanco, merece, en épocas normales, que se le deje morir sumergido en esa atmósfera estéril de su egoísmo.

Pero cuando una guerra pone en tensión las energías de todo un pueblo y cientos de millares de hombres se sacrifican en el mismo afán, no puede permitirse, ni a título de respeto a la libertad individual, que exista una sola persona que se considere desligada, ajena a los trabajos y las angustias de los que le rodean.

Contra ese concepto individualista y ególatra de la libertad, está el más alto concepto de la justicia, que, para serlo, ha de ser equitativa.

El hombre no es nada si su existencia no representa un valor útil para los demás hombres. Una vida no importa sino por el valor espiritual que representa. Y la más alta gradación de ese valor se traduce en solidaridad.

Tan eficaz, pues, como la acción de guerra contra el enemigo dinámico de enfrente es la lucha contra el enemigo sedentario, pasivo e inerte, que anida en nuestra retaguardia. Tan peligroso como el combatiente adversario que empuña un fusil es este enemigo que entre nosotros se cruza extáticamente de brazos. Sea más duro el castigo para el inepto voluntario, para el falso neutral que pensando en su comodidad «no se mete en nada», ni «se significa», y lo que quiere es «que esto se acabe», que para el enemigo declarado, sobre el que sabe a qué atenerse.

Ha llegado el momento de dar la batalla a fondo a esa especie de egoísta. Ir a la implantación inapelable del trabajo obligatorio para todos. Con su secuela justa: «el que no trabaja, no come». En la España nuestra quedan todavía muchos ejemplares de esa fauna emboscada, comodona, manca y sorda, de la peor sordera, que es la que no quiere oír. La aplicación severa del trabajo obligatorio haría de trompeta bíblica para los que aun «no se han enterado de la guerra». Que son más de los que se cree. Sólo en Madrid podrían aún hacerse muy buenas redadas de brazos ociosos, que estarían magníficamente empleados en los trabajos de higienización, en la construcción de refugios que ahora se inicia... Así harían algo por Madrid los que en el Madrid todavía cordial e ingenuo a los diez y seis meses de guerra han encontrado cobijo y comodidad.

Hay que ir rápidamente a la implantación de esa medida que, nacida del derecho al trabajo, trae por consecuencia «la obligación» de trabajar.

Y no sólo como medida de guerra contra los indolentes, cucos y emboscados que todavía existen, sino como imperativo de profilaxis social.

El egoísta es, por constitución, el enemigo de todos, sean cualesquiera sus ideas. El egoísta no es ni siquiera la tierra esquiva, dura, hostil al laboreo. La tierra, por muy seca y terca que sea, puede, en fuerza de trabajo, de riego, de abono, dar alguna vez flor y fruto. El trabajo del hombre en ella puede estar iluminado por alguna esperanza. Al cabo, la tierra se rendirá al esfuerzo fecundo, al laboreo tenaz.

Pero el egoísta es la piedra: inútil el riego y la siembra; su materia, sorda y torpe, no germinará jamás. Unicamente el pico acerado y el cincel cortante la harán útil, convertida en pilar, en columna o en lápida. Pero ha de ser así, a la fuerza, a golpes, con violencia, entre pirotecnia de chispas quemantes.

Que el trabajo, como una obligación inflexible, arranque luces y haga aprovechable ese bloque inerte del egoísmo que todavía es peso y estorbo en nuestra retaguardia.

J. F.

APOPLEJIA
-PARALISIS-

Angina de pecho, Vejez prematura y demás enfermedades originadas por la **Arterioesclerosis** e **Hipertensión**

Se curan de un modo perfecto y radical y **se evitan** por completo tomando

RUOL

Los síntomas precursores de estas enfermedades: ***dolores de cabeza**, rampa o calambres, **zumbidos de oídos, falta de tacto, hormigueos**, vahídos (desmayos), **modorra, ganas frecuentes de dormir, pérdida de la memoria, irritabilidad de carácter, congestiones, hemorragias, varices, dolores en la espalda, debilidad***, etc., desaparecen con rapidez usando **Ruol**. Es recomendado por eminencias médicas de varios países: *suprime el peligro de ser víctima de una muerte repentina*; no perjudica nunca por prolongado que sea su uso; sus resultados prodigiosos se manifiestan a las primeras dosis, continuando la mejoría hasta el total restablecimiento y lográndose con el mismo una existencia larga con una salud envidiable.

VENTA: Madrid, **F. Gayoso**, Arenal, 2; Barcelona, **Segalá**, Rbla Flores, 14, y principales farmacias de España, Portugal y América

¿Por qué padecer?

RECORDAD

CEREBRINO MANDRI

EFICAZ E INOFENSIVO

CAPITOL

Lunes estreno
de la grandiosa superproducción
de ambiente revolucionario

Joaquín Murrieta

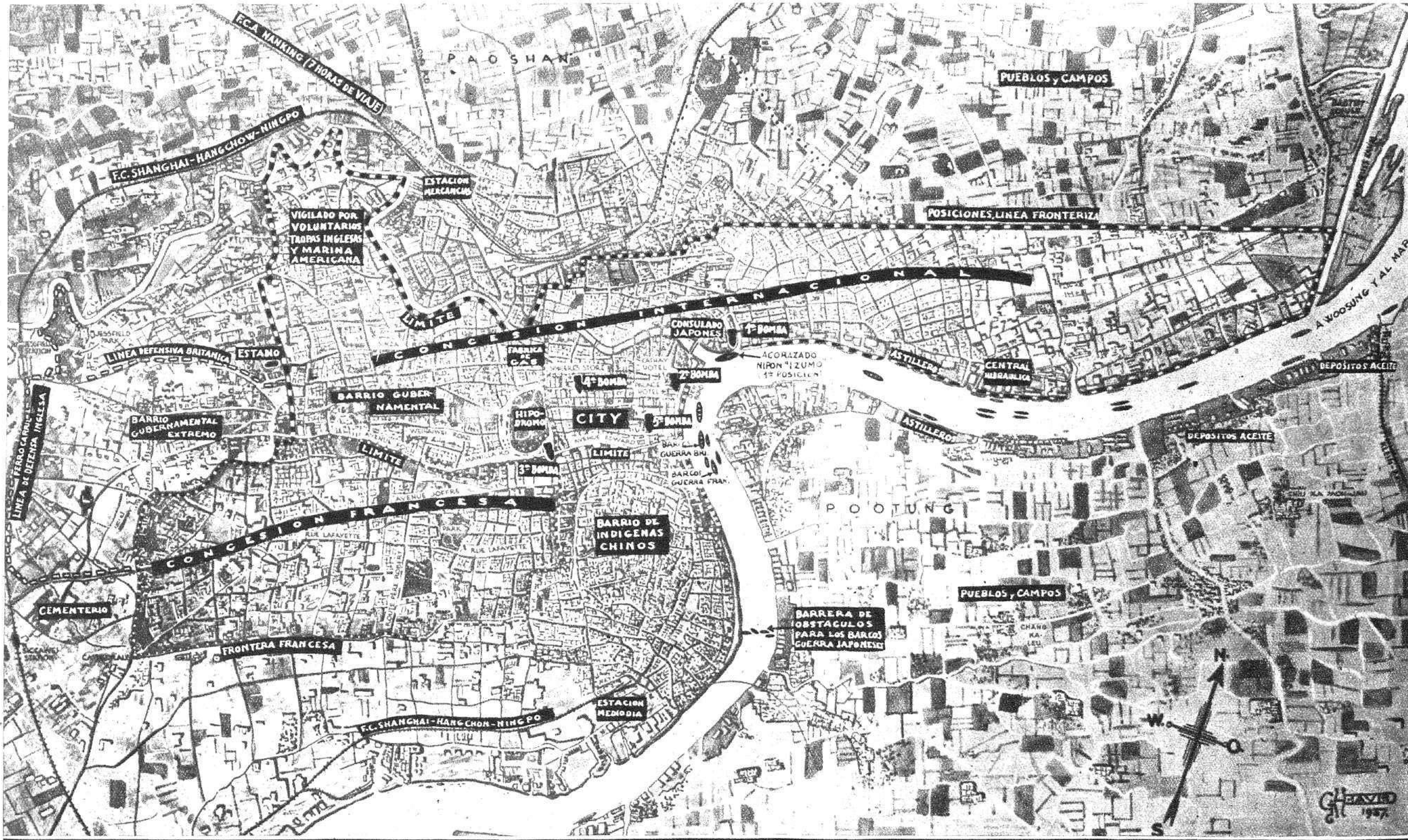
GENIAL CREACIÓN DE

WARNER BAXTER

con

ANN LORING

Talleres de Prensa Gráfica, S. A., Hermosilla, 73, Madrid



SHANGHAI, CAMPO DE BATALLA

Un croquis de Shanghai, la ciudad escenario de sangrientas batallas recientes entre las tropas chinas y las tropas del Japón. En el plano están marcadas la Concesión Internacional, la Concesión Francesa y la ciudad propiamente china: Nantao. Están marcados también los sitios en que cayeron las bombas chinas sobre la Concesión Internacional. Estas bombas estaban destinadas al buque japonés «Izumo», anclado, ante el Consulado japonés, en el río Wuang-Poo; por error en la precisión del objetivo, cayeron sobre aquella Concesión, ocasionando numerosas víctimas. Como es sabido, después de la ocupación de Shanghai, las tropas japonesas se dirigen hacia Nankín

(Véase en el interior del número una información sobre Shanghai)